

Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y hacerla realidad

Lectura bíblica: 1 Co. 1:30; Ap. 21:2, 9-11, 18-20; 22:1-2a, 17a

I. La visión de la Nueva Jerusalén es la visión de la era; vivir y servir a Dios conforme a la visión de la era en el ministerio de la era, equivale a expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y a hacerla realidad—Hch. 26:19; 22:15; Ap. 21:9-11:

- A. “Después de haber estudiado la Biblia los últimos sesenta y nueve años, ¿qué es lo que he visto? Yo diría que he visto la Nueva Jerusalén. Ésta es mi visión, mi revelación, y éste es mi ministerio” (*Puntos prácticos en cuanto a la compenetración*, pág. 26).
- B. La Nueva Jerusalén es una entidad compuesta por todos los elementos revelados en toda la Biblia y es la meta final de la economía eterna de Dios—Ef. 2:10; Ap. 21:2.
- C. Cada iglesia local debe ser una réplica en miniatura de la Nueva Jerusalén y cada creyente debe ser una “pequeña Nueva Jerusalén”; cada una de las características de la Nueva Jerusalén debe formar parte de nuestra experiencia corporativa, así como de nuestra experiencia personal—cfr. 22:1-2a.
- D. Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir equivale a llegar a ser la Nueva Jerusalén; hacer realidad la Nueva Jerusalén equivale a edificarla—19:7; 1 Co. 3:12a.

II. Expresar la Nueva Jerusalén en nuestro vivir y hacerla realidad tanto en nuestra vida cristiana como en nuestra vida de iglesia, finalmente redundará en que lleguemos a ser la Nueva Jerusalén tal y como es representada por el arco iris —la realidad del nuevo pacto de la gracia— a fin de que se expresen la justicia, la santidad y la gloria de Dios—Ap. 21:18-20; Gá. 4:26-28, 31:

- A. El pacto que Dios hizo con Noé y el arco iris como señal de Su pacto, indican que nosotros somos la iglesia del pacto, y como tal, vivimos en la realidad del nuevo pacto de la gracia—Gn. 9:8-17.
- B. El arco iris alrededor del trono de Dios indica que Dios es el Dios del pacto, el Dios fiel, quien guardará Su pacto al mismo tiempo que ejecutará Su juicio sobre la tierra—Ap. 4:3; Ez. 1:26-28.
- C. Los tres colores primarios del arco iris son: el azul (el color del trono de zafiro, que representa la justicia de Dios—v. 26; Sal. 89:14), el rojo (el color del fuego santificador, que representa la santidad de Dios—Ez. 1:4, 13, 27; He. 12:29) y el amarillo (el color del electro refulgente, que representa la gloria de Dios—Ez. 1:4, 27; He. 1:3):
 - 1. Debido a que el hombre había caído y se había vuelto pecaminoso, el camino que conducía al árbol de la vida fue cerrado por la justicia, la santidad y la gloria de Dios—Gn. 3:24.
 - 2. Cristo murió en la cruz para satisfacer los requisitos de la justicia, santidad y gloria de Dios, y resucitó para ser nuestra justicia, santidad y gloria—1 Co. 1:30.
 - 3. Cristo mismo, representado por el arco iris de justicia, santidad y gloria, es el pacto de Dios que ha sido dado a Su pueblo para que ellos sean “Cristificados”, es decir, para que sean hechos exactamente iguales a Él en vida, naturaleza y expresión, mas no en la Deidad—Is. 42:6; He. 8:10-12; Ez. 36:26-27.
- D. Cristo es sabiduría para nosotros de parte de Dios, y como tal se transmite a nuestro ser como justicia (para que podamos renacer en nuestro espíritu), santificación (para que podamos ser transformados en nuestra alma) y redención (para que podamos ser transfigurados en nuestro cuerpo)—1 Co. 1:30; Ro. 8:10; 12:2; 8:23; Fil. 3:21:

1. Cristo amó a la iglesia y se entregó a Sí mismo por ella: éste es Cristo quien, como nuestro Redentor, llegó a ser nuestra justicia para nuestra justificación—Ef. 5:25.
 2. Cristo está santificando a la iglesia al purificarla por el lavamiento del agua en la palabra: éste es Cristo quien, como Espíritu vivificante, llega a ser nuestra santidad para nuestra santificación—v. 26.
 3. Cristo se presentará a Sí mismo una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante: éste es Cristo quien, como nuestro Novio, llega a ser nuestra gloria para nuestra glorificación—v. 27.
 4. El Cristo que es transmitido a nuestro ser como multiforme sabiduría de Dios hace de nosotros la obra maestra del Dios Triuno, Su obra orgánica, a fin de que seamos la sabia exhibición de todo lo que Él es, un poema que expresa Su infinita sabiduría y divino diseño—1 Co. 1:30; Ef. 2:10; 3:9-11.
- E. En la eternidad nosotros, como la Nueva Jerusalén (una ciudad cuyos cimientos son semejantes en aspecto a un arco iris—Ap. 21:19-20), seremos un arco iris que dará testimonio de la fidelidad que Dios habrá mostrado por haber llevado a cabo Su nuevo pacto al hacernos exactamente iguales a Él en justicia, santidad y gloria—vs. 10-11.
- F. El arco iris es una señal de la fidelidad que Dios muestra al guardar Su pacto, el cual nos asegura que no habrá más juicio para muerte; Dios es fiel a Su Palabra, y Su Palabra es el testamento, el pacto:
1. Como seres caídos que somos, merecemos ser destruidos por Dios, pero Dios en Su fidelidad nos ha perdonado—Lm. 3:22-23.
 2. En la vida de iglesia podemos sentirnos seguros y en paz, puesto que no hay más muerte; en la iglesia continuamente disfrutamos de la vida divina—Jn. 10:10b; 2 Co. 5:4.
 3. Debemos vivir en conformidad con el nuevo pacto y no creer en ningún fracaso, debilidad, tinieblas ni en ninguna cosa negativa; nosotros somos el pueblo con el cual se ha establecido el pacto, y contamos con versículos que contienen promesas para afrontar cualquier situación—cfr. Ro. 8:1; 2 Co. 12:9; 2 Ti. 1:10; 2:1; Jud. 24; 1 Jn. 1:9; 1 Co. 1:9; 2 P. 1:4.
- G. La realidad espiritual de este arco iris debe manifestarse hoy en la iglesia: debemos darle a Dios plena libertad para operar en nosotros como el fuego de santidad a fin de que nos llene con Su presencia de justicia, y así, Él pueda manifestar el esplendor de Su expresión por medio de la coordinación que nosotros le brindemos como el Cristo corporativo—Ez. 1:5-14, 26-28.

III. En cada iglesia debe estar presente la justicia de Dios como base (el procedimiento de Dios), la santidad de Dios como proceso (la naturaleza de Dios) y la gloria de Dios como meta (la expresión de Dios) para que seamos partícipes del deseo del corazón de Dios, el cual consiste en obtener la realidad del Cuerpo de Cristo mediante las iglesias locales: esto es lo que nos revela el libro de Romanos, lo cual debemos expresar en nuestro vivir para llegar a ser la Nueva Jerusalén y debemos hacer realidad para que la Nueva Jerusalén sea edificada:

- A. La muerte de Cristo corresponde a la justicia de Dios, Su resurrección corresponde a la santidad de Dios y Su ascensión corresponde a la gloria de Dios; cuando Cristo regrese, la glorificación de Sus santos alcanzará su consumación—cfr. 2 Co. 3:3, 6, 8-9.
- B. Cristo murió por nosotros en la cruz como nuestro Sustituto para satisfacer los justos requisitos de Dios y así justificarnos, a fin de poder impartirse a nosotros como vida—Jn. 19:34; Ro. 1:17; 3:23-25; 5:18; Ap. 22:14:

1. La Nueva Jerusalén es la corporificación de la salvación completa que Dios efectúa, una entidad compuesta de la justicia de Dios como base y de Su vida como consumación—Sal. 89:14; Ro. 5:18.
 2. Un cristiano apropiado es una persona que ha muerto con Cristo y que se conduce diariamente en conformidad con este hecho; si un creyente vive de una manera natural, él será injusto, pero si experimenta la muerte de cruz, será justo en todo, con todos y en todo sentido—Gá. 2:20.
 3. Solamente la muerte de Cristo y nuestra muerte con Cristo satisfacen los requisitos de la justicia de Dios y le proveen a Dios una base justa para impartirse como vida divina en todo nuestro ser, y así lograr sorbernos completamente por dicha vida y hacer de nosotros la ciudad de vida—Ro. 8:10, 6, 11; 2 Co. 5:4.
 4. Vivir y servir como ministros del nuevo pacto equivale a seguir el camino de la justicia habiendo reconocido que carecemos de las cualidades requeridas para ser siervos de Dios, y que como hombres en la carne que somos, no servimos para otra cosa que morir y ser sepultados—Mt. 3:13-17; 21:32.
- C. La santificación es la actividad subjetiva realizada por la santidad; es la santidad en acción:
1. La santificación es el Cristo resucitado —como “el Espíritu, el Santo”, el Espíritu santificador que está en nuestro espíritu— que se forja en nuestro ser como la naturaleza santa de Dios, a fin de que seamos hechos la ciudad santa—1 Ts. 1:5-6; 5:23; Ro. 6:19, 22; 15:16; 8:4.
 2. La santificación divina, que tiene por meta la filiación divina, ocupa el lugar central en la economía divina y es el pensamiento central de la revelación hallada en el Nuevo Testamento—He. 2:10-11; Ef. 1:4-5.
 3. La santificación divina es el factor que asegura el cumplimiento de la economía divina, es decir, el proceso de la salvación orgánica que Dios efectúa, el cual es el mover que Dios realiza para deificar al hombre, de modo que el hombre sea hecho Dios en vida y en naturaleza mas no en la Deidad—vs. 4-5; Ap. 21:2.
 4. Vivir y servir como ministros del nuevo pacto equivale a andar en novedad de vida y a servir en la novedad del espíritu como un sacerdote que labora, un sacerdote del evangelio de Dios, a fin de presentar a los pecadores a Dios como ofrenda agradable a Él, una ofrenda santificada por el Espíritu Santo—Ro. 6:4; 7:6; 15:16.
- D. La meta suprema de la impartición del Dios Triuno es que Dios sea expresado por medio del Cuerpo de Cristo para Su gloria en la iglesia—Ef. 3:20-21; Ro. 8:19, 21, 28-30; 16:27:
1. La unidad mencionada en Juan 17 es la iglesia; cuando la unidad se hace realidad de manera cabal, el Hijo glorifica al Padre en la iglesia—vs. 1, 21-23.
 2. Esto indica que dondequiera que haya una vida de iglesia apropiada, allí será glorificado el Padre, por cuanto la vida de iglesia expresa al Padre.
 3. Vivir y servir como ministros del nuevo pacto equivale a hacerlo todo para la gloria de Dios a fin de que Cristo sea exaltado—1 Co. 10:31; Fil. 1:20; 2 Co. 4:5.
- E. La impartición del Dios Triuno llevada a cabo en conformidad con Su justicia, mediante Su santidad y para Su gloria, tiene como fin que nosotros lleguemos a ser la Nueva Jerusalén poseyendo a Cristo como nuestro inmovible cimiento de justicia, nuestro puro elemento constitutivo de santidad y nuestra expresión radiante de gloria—Ap. 21:2, 9-11.
- F. De este modo, el Espíritu como el Dios consumado y procesado y la novia como la iglesia procesada y consumada se unen para ser una pareja amorosa, una sola entidad, por la eternidad—22:17a; cfr. 1 Co. 6:17.